

la playa, y formando éstos una división como de setecientos peones y ciento cincuenta de á caballo, capitaneados por don Ramón de Moncada, marcharon á ocupar la cumbre. Pero el intrépido Moncada, rivalizando en esfuerzo y generosidad con el de Argentona, quiso ir á reconocer los enemigos; dejó, pues, quienes custodiasen el collado, y bajando con un buen escuadrón:

guida otro cuerpo de mil caballos también entre el pueblo de fuera y los habitantes de la capital; la infantería ascendía á diez y ocho mil hombres. Todos estos reclutamientos estuvieron prontos por el mes de Rabié—primero del mismo año (febrero de 1229 de C.). Desgraciadamente sin embargo fueron contrariados estos activos aprestos por las siguientes infaustas ocurrencias. Un día ordenó Mohamed al capitán de sus guardias traer á su presencia cuatro de los principales habitantes de la ciudad; y cuando en cumplimiento de su mandato hubieron comparecido delante de él, los condenó á ser degollados inmediatamente. Entre estas víctimas había dos hijos del hermano de su madre Abu-Hafs-ibn-Sheyri, hombre de rango é influencia en la isla, al cual acudió el pueblo, y contándole lo sucedido, excitáronle contra el tirano diciendo: «por Alá! que ese estado de cosas no puede durar más; ese amir no es á propósito ni para regirnos ni para defendernos, y mientras que gobierne, nuestras vidas están por completo á merced suya.» Después de semejante declaración, lanzáronse los ciudadanos á vengar por sí mismos la sangre por el tirano derramada, y habiendo consentido Ibn-Sheyri en ponerse al frente de ellos, se resolvieron á deshacerse del amir á todo trance. Era un viernes á mediados del mes de Shawal (*el mismo 7 de setiembre en que aportó a Mallorca Jaime I*): temerosos á la vez de la venganza de Mohamed si eran descubiertos sus planes, y de la proximidad del enemigo que sabían no se hallaba lejos, los ciudadanos estaban temblando. Llamó Mohamed á su presencia al jefe de su guardia, y le mandó que le trajese delante á cincuenta de los ciudadanos principales, los más distinguidos por su linaje, opulencia ó talento. Cumpliéronse desde luego las órdenes del tirano, y fuéronles presentados los cincuenta individuos: todos aguardaban el instante de marchar al inmediato suplicio, cuando he aquí un jinete en traje de correo, que introducido en presencia del amir, le entera de que la armada cristiana en número de unas cuarenta velas está á la vista y se dirige á la costa. No hubo el jinete concluido su relato, y llega ya por opuesto camino un segundo mensaje, que precipitándose sin aliento en la sala del consejo, exclama: descúbrese la flota de los cristianos, y pueden contarse hasta setenta buques. Confirmóse en seguida el hecho y la veracidad de las noticias. Entonces Mohamed perdonó á los cincuenta ciudadanos condenados á muerte, y habiéndolos informado de la llegada del enemigo, los hizo marchar y prepararse para la defensa de la ciudad. Fueron ellos á sus casas, y recibieronlos sus familias como si resucitaran del sepulcro. Luego llegaron nuevas que los cristianos estaban al alcance de la mano, y que su escuadra se componía de unas ciento cincuenta embarcaciones.» Exactos por lo general en el cómputo de las fuerzas del enemigo, exageraban las suyas los infieles, aunque no tanto como Ali de la Palomera, según los informes que le atribuye Desclot, más propios para arredrar de su empresa al conquistador, que para alentarle á seguirla de acuerdo con los vaticinios de su madre. En Ali, en Ben Abet y en otros personajes de nuestras crónicas aparecen confirmadas las hondas dimensiones que trabajaban, según confesión propia, á los sarracenos mallorquines.

«nadie me siga, dijo, hasta que yo lo señale,» y echó á andar solo hacia los sarracenos. Ya que tan cerca de ellos estuvo que vió venir para él no pocos, fué retrocediendo, y llamando á los suyos dió la voz de arremetida. Cargaron los cristianos con tanta furia y denuedo, que espantada la vanguardia enemiga, cuando vió que estaban á *cuatro lanzas* de distancia, volvió las espaldas. Y como, formadas aceleradamente sus compañías, ya algunos barones habían ido acudiendo al combate, hirieron los nuestros cruelmente en la morisma, y sin dar cuartel, mataron á los contrarios más de mil quinientos hombres (a).

Entre tanto desembarcó el rey, que ya encontró ensillado y bardado su caballo, y apercebidos á muchos caballeros suyos de Aragón; y viendo que los nuestros llevaban á los moros la ventaja: «Pésame, exclamó, que ganada sea la primera acción sin que en ella nos hayamos hallado. ¿Hay algunos caballeros que quieran seguirme?» Veinticinco estaban ya prontos, y pudieron contestarle; y al frente de aquel corto escuadrón partió don Jaime al galope adonde ya se acababa la refriega, pues los moros se amparaban de las alturas vecinas. Acometió el rey á una división de trescientos peones infieles, que al verle corrían á ocupar una eminencia, y los acuchilló con grande estrago. En medio de la dispersión del enemigo, y en el calor del alcance, yendo el rey con solos tres caballeros, encontró á un jefe moro desmontado, que llevaba escudo y lanza, ceñía espada, iba armado de perpunte, y se cubría con yelmo zaragozano. Hízoles frente el moro, sin contestar á las voces que de rendirse le daban; y para evitar la muerte de algún caballo, propuso el rey que le rodea-

(a) Á esta primera acción se refiere, con admirable acuerdo en fijar el día, el siguiente pasaje del mencionado Al-makzumi: «Después de cruzar la bahía, los cristianos se dirigieron al puerto tratando de desembarcar; pero alguna infantería y caballería, que destacó contra ellos el amir con orden de estacionarse sobre la costa de día y de noche, les impidieron saltar á tierra. Por fin lograron su objeto los cristianos, y un lunes 18 de Shawal (10 Setiembre de 1229) se trabó un combate, del cual salieron completamente derrotados los musulmes.»

sen, y mientras uno le acometería, otro le hiriese por la espalda. Embistióle don Pedro Lobera, y el valiente sarraceno asestó tal lanzazo á los pechos del caballo, que le metió por ellos buen trozo del asta, y vino al suelo con el choque del bridón. Probó de levantarse, y puso mano á la espada; y sin querer rendirse, espiró. Mataron los de don Jaime ochenta hombres, y regresaron á la playa.

Ya el sol iba poniéndose, y reflexionando el rey, mientras caminaba, la acción que acababa de cometer, conoció cuán temerario é inconsiderado anduvo; y como era bueno y tan mozo, temió no se la reprendiesen los magnates más avisados en la guerra, particularmente los Moncadas, á quienes miraba con gran respeto. Con este recelo se fué acercando á Santa Ponza, donde ya blanqueaban alzadas muchas tiendas, cuando vió que á su encuentro venían con mucha comitiva los Moncadas. Apeóse el rey, miró ansioso á don Guillén, y al encontrarse sus ojos, sonrióse el bearnés, con lo cual se alegró don Jaime y se le quitó buena parte del temor (1). No lo pudo sufrir Ramón de Moncada; antes con faz severa, dijo al rey: «¿Qué habéis hecho? Cuando de los peligros del mar acabáis de libraros, ¿queréis ahora causar vuestra propia muerte y la nuestra? que si por mala ventura os perdiérais en ese reencuentro á que os expusisteis, perdiérase con vos la hueste toda, y ya nunca jamás cristianos osarían acometer otra vez esa conquista.» Más cuerdo don Guillén, si menos ardiente, «Ramón, contestó; cierto el rey ha hecho gran locura, mas en cambio probado nos ha que es bueno en armas y de todo pro, ya que de tal manera sintió no ser en la batalla. Pero, señor, prosiguió volviéndose al rey, refrenad vuestro ardimiento de hoy en adelante, que en vos están nuestra vida y nuestra muerte: pensad que, pues los pies pusisteis en esa tierra, rey sois de Mallorca; que si muriérais, moriríais como el mejor hombre del mundo, y aunque enfermedad

(1) Véase el número 18 del *Apéndice*.

os postre en el lecho y de las armas os prive, habed por vuestra esta tierra, que vuestra es.» Al punto propuso don Ramón que aquella noche se colocasen las escuchas bien lejos del campo, para que en caso de alarma pudiesen todos armarse antes que tuviesen el enemigo encima; y remitiéndose el rey, como menos experimentado, á lo que le propusiesen los Moncadas, dijeron ellos que, amén de las escuchas, estuviesen siempre armados cien caballos, porque aquella noche más que nunca corrían peligro de ser asaltados. Gran modestia del monarca en temer y tolerar las amonestaciones de sus vasallos y ampararse de sus consejos; y admirable sencillez de todos, propia de aquellos tiempos heroicos, en que, rehaciéndose los estados cristianos de España, las campañas y los ejércitos eran como expediciones y congregaciones de familia.

Dejó el rey para después de la comida el enviar á cada barón orden de que hiciese tomar las armas á la tercera parte de su gente, y de ella echase peones afuera del campo á ponerse en escucha. Acostóse, y llevaron los porteros el mensaje; mas los barones no pudieron armar el tercio que se les mandaba: tan postrados estaban hombres y caballos del mareamiento, desembarcación y refriega.

Afortunadamente el walí ó jeque almohade Said-ben el Hakem-ben-Otman el Koraischy (a) harto tenía entonces en que entender con recoger los dispersos de la acción, y preparar su gente para una batalla decisiva; y formado un lucido ejército, salió de la ciudad la tarde del martes 12 de Setiembre, y tomó

(a) No era éste el verdadero nombre del walí de Mallorca, que como he dicho, siguiendo á Al-makkari, se llamaba Abu Yahya, al que corresponde con leve alteración el de Xech Abohehye de nuestros cronistas; Mohamed-ibn-Alí-ibn-Musa le nombra por otro lado Al-makzumi citado por aquel; pero ninguno de ambos nombres tiene nada de común con el que trae Piferrer copiándolo de Conde, el cual, engañado quizá por otra historia árabe sobre que escribió la suya, ó entendiéndola mal, confundió al gobernador de Mallorca con el que era en Menorca su delegado al tiempo de invadirla y hacerla tributaria en 1232 Jaime I; y así como los nombres, confundió igualmente las fechas.

el camino de la sierra de Portopí. Al mudar de puerto las naves de la flota (1), sin duda porque no pudieron dar fondo en Santa Ponza, anclaron en la ensenada de la Porrassa con trescientos ó cuatrocientos caballeros á bordo. Feliz disposición fué esta, porque sin saltar en tierra vieron que el ejército moro iba viniendo por las alturas, que hoy se llaman Bellver, Bonanova y Calamayor, y desenvolvía su línea de batalla por las sierras de Bendinat y Burguesa, plantando tiendas los que primero á sus puestos habían llegado. Reuniéronse en una nave los principales: y habida deliberación, como, aunque Santa Ponza distaba poco, ellos ignoraban el terreno, caía la tarde y los moros ya debían de establecer sus atajadores y avanzadas, á propuesta de D. Ladrón rico hombre aragonés, acordaron que á toda prisa una barca doblase el cabo, ahora de Cala Figuera, y fuese á participarlo al rey.

Ya había espirado la última hora del martes, cuando llegó la barca á Santa Ponza; y recibido que hubo D. Jaime el mensaje, envió á noticiarlo á los ricos hombres, quienes, tanto era su cansancio, durmieron hasta el alba. Pero sus primeros resplandores hallaron á todo el campo ya en movimiento: los magnates acudieron al pabellón real, y celebrados allí los divinos oficios, el obispo de Barcelona hizo esta breve plática: «Barones, no es ahora ocasión de largo razonamiento, que ni la materia lo consiente, ni este hecho en que el rey y nosotros estamos es nuestro, sino de Dios. Por esto haced cuenta que quienes murieren, morirán por Nuestro Señor y serán en el paraíso, en donde alcanzarán gloria perdurable; y los que quedaren vivos, tendrán honra y prez en vida y buena fin en su muerte. Por Dios, ánimo, barones; porque el rey, nuestro amo, y nosotros ¿que más queremos sino destruir á los que reniegan de la fe y del nombre de Jesucristo? Pensar puede y debe cada cual que hoy no se partirán de nosotros Dios ni su Madre,

(1) Adviértase que las *naves* eran los buques de mayor porte.

»antes nos darán victoria: ánimo, pues, que todo lo venceremos, y hoy ha de ser la batalla: ánimo, que con nuestro bueno y natural señor vamos, y Dios, superior á él y á nosotros, ayúdarnos ha!» En seguida, en medio del silencio más religioso, llegóse al altar Guillén de Moncada, que no había comulgado con los demás al partir de Cataluña, y lo hizo entonces con lágrimas de sus ojos;—bien como si una voz secreta le advirtiese de su destino, y le moviese á recibir el Santísimo Sacramento y á prepararse para la batalla con una triste alegría (1).

Tratóse entonces de quién llevaría la vanguardia; y cumpliendo Guillén de Moncada, como generoso que era, propuso que la llevase D. Nuño, á quien, por ser primo del rey, competía semejante honra. Excusóse el conde de Rosellón, y D. Ramón de Moncada atribuyó su negativa á que deseaba hallarse el día siguiente en lo más expuesto del choque, cuando fuesen á tomar posición en la Porrassa: generosa competencia, en que cada cual se reservaba para los trances más apurados, por más gloriosos. Pero esa contienda probó que no andaban muy acordes los ánimos de aquellos barones, y que no debía de estar apagado el encono que antes Nuño y Guillén se profesaron (2); bien que el magnánimo Moncada ya en las cortes de Barcelona, al proponer que se hiciesen treguas por todos los estados de Aragón, dió el ejemplo ofreciéndose á ser para en adelante amigo del conde D. Nuño. Quedó, pues, la vanguardia por los Moncadas, que se concertaron de no parar hasta dar con los sarracenos.

En esto, entró uno, y dijo al rey que gran parte de los peones se salían del campo contra el enemigo. Acudieron todos á sus compañías; D. Jaime, casi desarmado como estaba, subió en

(1) «..... quays que degues per martiri esser coronat,» dice Marsilio.—(Véase el número 18 del *Apéndice*.)

(2) Aquella discordia, nacida en 1222 de haber uno de la familia de los Moncadas negado un azor torzuelo á D. Nuño, acarreó notables bandos en el reino, y hasta ocupó las armas del mismo D. Jaime.

un caballo. que á la mano hubo, mandando que entretanto le armasen el suyo, y acompañado de un tal Rocafort alcanzó á los peones, que en número de cinco mil marchaban á embestir á los sarracenos. Representóles con entereza que sin caballería iban á una muerte cierta, y los detuvo hasta que, viniendo los tercios de los Moncadas, del de Ampurias y los Templarios, juntos prosiguieron el avance. Quedóse con Rocafort el monarca, y cuando desvelado se volvía á dar órdenes para la marcha de las demás fuerzas, oyó grande estruendo de batalla, y dijo á un trotero que á toda brida corriese á participarlo á Nuño, y á darle orden de que al punto saliese al frente de sus reservas. Crecía el estruendo, el trotero no volvía, y la congoja del rey se aumentaba por instantes; por lo cual dijo á Rocafort: «Id vos allá, daos prisa, y decidle á D. Nuño que en mal hora se tarda hoy tanto, que por ventura tal daño nos acarreará su tardanza que su comida nos hará mal provecho, porque no debe la vanguardia ir tan lejos de la retaguardia, ni ésta de aquella.—Señor, estáis aquí solo, y no os abandonaré por nada de este mundo,» contestó el buen Rocafort; y el rey, hablando consigo mismo, «—Santa María! exclamaba en su angustia: ¿cómo tarda tanto D. Nuño? En verdad hace mal!» Mientras traía en su pecho esta cruel batalla, redobló el estruendo, y oyendo los golpes y los gritos de los combatientes, dijo: «Santa María! ayuda á los nuestros, que cierto venido han á las manos!»

Y así era, que formando la vanguardia dos gruesas divisiones al separarse del rey, embistieron el de Ampurias y los Templarios con la una al campo moro, que venía á ser su izquierda, y por la parte de Santa Ponza con la otra cargaron los Moncadas á su derecha. Los primeros entraron á viva fuerza las tiendas y acuchillaron la izquierda enemiga, que se replegó sobre el centro; pero la suerte no así favoreció las armas de los Moncadas. Tres veces desalojaron á la morisma de un cerro que dominaba el campo, y otras tantas recobraron los infieles la posición. Las filas de éstos se engrosaban con tropas de refresco:

los cristianos inferiores en número, rendidos de cansancio y mal heridos; y ninguna señal de que de Santa Ponza les viniese socorro. En tan terrible trance, ya algo desordenada la gente, reunieron los Moncadas los buenos en quienes aún duraba valor; y picando desesperados á sus corceles, lanzáronse por cuarta vez contra la altura tan tenazmente disputada, y rompieron los batallones enemigos. Pero su denuedo fué su ruina; porque tan adelante pasaron, y tanto tropel y muchedumbre cerró con ellos, que cercados por todas partes, sólo pudieron pensar en vender caras sus vidas. Peciéron D. Guillén y D. Ramón de Moncada, Hugo de Mataplana, Hugo Dezfar, y otros ocho de los más ilustres caballeros de aquella noble casa (1); y como peciéron casi en el seno de la victoria, cuando aunque pocos habían roto tres veces el ala derecha y parte del centro enemigo, combate necesariamente largo ya que tan reñido, la tardanza de don Nuño fué más reprehensible, y la historia sólo puede mencionarla, con dolor sí, mas con justas sospechas de que en ella hubo la mala voluntad parte no escasa (2).

Ya en esto, es decir, cuando el combate se decidía contra los Moncadas, habían acudido al rey D. Nuño, Beltrán de Naya, D. Lope Jiménez de Luesia y D. Pedro de Pomar con toda su gente. Al verle montado en aquel caballo y casi desarmado, Beltrán de Naya le hizo apear, y desnudándose su coraza se la puso al rey, que además se vistió un perpunte y se cubrió con la capellina que entonces debieron de traerle. Siempre infatigable, y lo mismo que en el mar el único en tierra que acudía con presteza á todas las disposiciones, despachó orden á D. Pedro Cornel, á D. Jimén de Urrea y Olivier de Térmens de que á toda prisa viniesen con sus compañías á la batalla; y entonces supo la división que de sus fuerzas hicieron los cristianos, los

(1) Véase el número 19 del *Apéndice*.

(2) El mismo rey se mostró de ella tan resentido, que, como ya vimos más arriba, la atribuyó á que el de Rosellón se detenía á comer cuando los demás lidiaban.

tres ataques de los Moncadas, y el lugar en que ahora se daba el cuarto. En esto halló á Guillén de Mediona, reputado el mejor justador de toda Cataluña, el cual traía sangrienta la boca. Preguntóle D. Jaime que ¿por qué se salía del combate?, y el caballero se excusó con que estaba herido; mas al ver el rey que solamente de la boca: «sufridlo en buen hora,» le dijo, y asiendo de las riendas de su caballo: «volved al combate, añadió; que á buen caballero tal herida coraje debe darle, no hacerle salir del campo.» El Mediona, resentido, cumplió tan bien con lo que se le mandaba, que nunca más pareció.

El rey andaba con gran rapidez, que no consentían más dilación ni su impaciencia ni lo empeñado del choque; y como la infantería y aún no pocos caballeros con harta dificultad podían seguirle, al llegar á lo alto de un collado sólo tuvo junto á sí doce caballeros, bien que á poco se le adelantaron setenta con el pendón de D. Nuño, llevado por Roldán Layn, con quien iba Sire Guillelmo, hijo bastardo del rey de Navarra. La infantería mora ocupaba en gran fuerza las alturas, y ondeaba un estandarte blanco y colorado con una cabeza humana, tal vez de madera, en la punta del asta. Al mirar D. Jaime que el pendón de D. Nuño movía contra los infieles, con animosas palabras y picando el caballo quiso seguir al escuadrón; pero se precipitaron á su paso D. Nuño, D. Pedro Pomar y Ruiz Jiménez de Luesia, y apoderándose de las riendas, detuviéronle con notables reflexiones (1), á las cuales él contestó: «No hay para qué tirar así de las riendas, que no soy yo león ni leopardo, y ya que tanto lo deseáis, me detendré; mas quiera Dios que esta detención no sea nuestra desgracia.» El suceso infelizmente confirmó sus palabras, pues entonces caían los Moncadas al filo de la espada enemiga. Otra vez quiso el rey acometer y se lo impidieron los barones, cuando D. Nuño mandó á Gisberto de Barberán que cargase. Avanzó el pendón de D. Nuño con los setenta de á

(1) La crónica del rey dice *sofrenades*.

caballo; y apenas comenzaron á trepar hacia la cumbre, levantaron los moros tan horrenda gritería y tal nube de pedradas dispararon, que volvieron grupas. Moviéronse los moros en buena formación, siempre disparando; y sin duda hubieran bajado á acometer á los setenta que se retiraban, á no gritar algunos de los cristianos: ¡vergüenza, caballeros, vergüenza!, con lo cual pararon y dieron frente á la morisma.

Entre tanto ya les había llegado refuerzo á las dos vanguardias, y entraron en acción todas las fuerzas. Rehechos los restos de la división que mandaron los Moncadas, avanzaron á vengar la muerte de sus valientes capitanes; y el de Ampurias y los intrépidos Templarios seguían desalojando al enemigo y empujándolo hacia la sierra de Bendinat. Fué el ataque general: cargó el rey á la cabeza de su hueste y de la gente de D. Nuño, que ya se les había reunido; y en aquel collado, que aún hoy en día conserva el nombre de *Coll del Rey*, se trabó una refriega encarnizada, mientras con no menos furia se combatía en todas aquellas sierras. Los que defendían el cerro *del Rey* cejaron los primeros; y como casi sin lidiar se apartasen de la acción dos mil peones mahometanos, fué el rey con alguna caballería en su alcance, sin poder juntárseles empero, porque los fugitivos iban desembarazados, y los caballos estaban rendidos de la fatiga y del gran peso de las bardas. Hízose general la retirada de los moros, que la emprendieron hacia Burguesa; y clavado en el cerro *del Rey* el guión real, en todas las alturas ondearon los pendones de los caudillos.

Al felicitarle D. Nuño, contestóle D. Jaime: «Vamos á la ciudad, porque el rey de Mallorca está en el monte y no podrá llegar allá antes que nosotros; y sino, miradle ahí, vestido de blanco, en medio de aquella hueste: cierto le estorbaremos la entrada en la ciudad.» Y sin atender al consejo que de pernotar en el campo y de averiguar su propia pérdida le daba Ramón Alamany, fué bajando al camino de la población, cuando al cabo de una milla le alcanzó y detuvo el obispo de Barcelona.—«Por

qué nos detenéis, el obispo? dijo el rey.—Quiero hablaros á solas, contestó Berenguer de Palou; y apartándose con él, prosiguió: «ah señor! más habéis perdido de lo que juzgáis; muertos son los Moncadas!—Muertos! exclamó el rey, y se puso á llorar, y con él Berenguer de Palou. Pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:—«Obispo, dijo el monarca, no lloremos, que no es esta hora de llorar sino de recoger sus cadáveres.» Y partiéndose el prelado á hacerlo, el rey anduvo triste y despacio por aquellas sierras hasta descubrir la ciudad, que á todos pareció la más gentil villa de cuantas hubiesen visto. Pelegrín de Trocillo indicó dónde encontrarían una fuente, que tal vez sería la hoy llamada de las Ermitas, por lo cual asentaron allí las tiendas; y diciéndole D. Nuño al rey, como estaba hambriento, que Olivier de Térmens ya había aderezado de qué comer, fueron entrambos á la tienda de éste, que con ellos partió su mesa. La tradición, que conservó el nombre del collado en donde peleó el joven monarca, también lo puso al lugar en que satisfizo su hambre, y todavía aquel término se llama *Bendinat* (1). Brillaban las estrellas cuando se levantaron de la mesa, y á la luz de las antorchas que en honor de los difuntos encendió todo el ejército, salieron para la tienda en que habían depositado los cadáveres de los Moncadas. Allí, junto á aquellos infelices restos, derramó D. Jaime tan amargo llanto y tales demostraciones hizo, que le hubieron de sacar afuera y reconducirle á su pabellón.

Los sarracenos continuaban su retirada: parte, haciendo un rodeo hacia el camino de Calviá ó de Puig Puñent, regresando á la plaza; y parte se quedaron en aquellas montañas de Esporles, Valldemosa y Buñola (2).

Al día siguiente, marchó el campo á ponerse más cerca de

(1) Cuenta la tradición que, acabando de comer, dijo D. Jaime: *Be hem dinat*, «bien hemos comido».

(2) D'Escot dice que el wali entró mucho después en la plaza por medio de una estratagema. Véase el n.º 20 del *Apéndice*.

la ciudad, y toda la escuadra debió de seguir costeando hasta Portopí. Atendaron orillas de la acequia, á un lado de ella los catalanes, y los aragoneses al otro; y porque temían no les cogiesen desprevenidos los moros, andaban no pocos siempre armados, y tan estrecha hicieron la albergada, que no parecía hubiesen acampado allí más de cien caballeros, mientras trabadas las tiendas unas con otras, las cuerdas cerraban donde quiera el paso (a). Ocho días estuvieron con este cuidado, y entre tanto los prelados y barones fuéronse una mañana para el rey, y proponiéndole que convenía sepultar á los Moncadas, determi-

(a) Para mayor claridad convendrá resumir en un breve dietario los sucesos ocurridos desde el arribo del rey á la Palomera en viernes día 7 de Setiembre, tomándolo de mi *Historia de la conquista de Mallorca*, formada sobre los textos de Marsilio y Desclot.

Sábado 8. Llegada sucesiva de la escuadra, exploración de Santa Ponsa.

Domingo 9. Descanso al abrigo del Pantaleu; mensaje de Ali.

Lunes 10. Después de media noche desembarco general; primer choque con cinco mil sarracenos y muerte de mil quinientos; escaramuza del rey seguido de veinticinco caballeros aragoneses contra cuatrocientos infieles en un collado; represión que sufre de los Moncadas.

Martes 11. Se pasa tranquilamente; permanece el rey en sus tiendas de Santa Ponsa, la armada en la Porrassa: sale de la ciudad aquella tarde el grueso del ejército moro, reforzado con las divisiones antes dispersas.

Miércoles 12. Combate general, muerte de los Moncadas y victoria alcanzada por los cristianos: acampa el ejército al pie de la sierra de Portopí, cena el rey en la tienda de Oliver de Térmens, y visita de noche los cadáveres de los malogrados campeones.

Jueves 13. Fortalece con trincheras el campamento; trátase de dar sepultura á los difuntos, y desde la puesta del sol empiezan los preparativos. La armada, salida de la Porrassa, sigue la costa y penetra en Portopí, donde apresa las embarcaciones sarracenas, anclando parte de ella en dicho puerto y parte enfrente de la ciudad.

Viernes 14. Entierro de los Moncadas al amanecer, en el sitio que la tradición designa al pie de un viejo y solitario pino, á unas dos millas del campo de batalla; y es probable que el mismo día siguiera el ejército su marcha hacia la ciudad, como indica Desclot, pues en Bendinat no es regular que se detuviera el ejército ocho días perdiendo un tiempo tan precioso, ni hay que confundir las trincheras de aquel campamento provisional con las que al pie de los muros establecieron más adelante los sitiadores. La magnífica quinta y jardín del rey sarraceno, donde, según Desclot, hubo de cenar simplemente de fruta la hueste antes de ponerse sobre la capital, diría que es La-Real por su abundancia de aguas, no porque su etimología derive de *real* ó campamento, sino más bien de *ar-riat*, que es huerto en arábigo; pero si bien más tarde acampó en aquella llanura el ejército como está averiguado, no deja de ser extraño que procediendo de Bendinat pernoctara tan fuera de su camino.